



¿Qué nos convierte en una sociedad?

PEDRO DONOSO¹

La fuerza de lo social. El acuerdo entre varios hombres entraña un sentimiento de realidad. También entraña un sentimiento de deber.
(Simone Weil)

No importa de qué forma lo pensemos, lo que acaba de ocurrir es el mayor acto social de Chile. Treinta pesos han bastado para reventar la paciencia de una población postergada por un sistema matemáticamente diseñado para suprimir cualquier posibilidad de convergencia social. Y la gente ha salido a la calle para estar juntos, para ser muchos, para ser más. La normalización del individualismo – inoculado gota a gota, peso a peso por el sistema –, de pronto ha cedido en avalancha: la acción rebelde de un grupo de estudiantes que decide no pagar la tarifa es la entrada a ese momento comunitario completamente olvidado, una gregariedad de emergencia que nos recuerda que el mundo en que vivimos no es nuestro, no nos pertenece. A partir de ahí, todo se derrumba. De pronto, las bases de funcionamiento de la llamada sociedad caen por el suelo. Y con eso queda en cuestión todo modo de actuar en el espacio que hemos padecido. Así, la forma de trasladarse por la ciudad se altera, los procedimientos establecidos se difuminan,

¹ Editor, traductor, asistente curatorial de proyectos de artes visuales y profesor de la

Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado.

la consistencia del orden se desvanece, los horarios se suprimen. Toda caminata, obligada por el ataque contra el sistema de transporte, adhiere secretamente a una marcha, a una reivindicación básica y contestataria. Caminar aparece como una reafirmación simple, absurda, compartida con otros miembros de la manada que se dirigen a distintos puntos de la gran urbe. El comportamiento más pedestre se torna desafiante. Es necesario declarar el estado de emergencia, suprimir el uso del espacio ciudadano. En ese momento se hace evidente que la sociedad era otra cosa, era algo que permanecía reservado, reprimido, una necesidad ritual que veníamos negando por años. Lo social era todo lo que servía para sujetar lo prohibido. De pronto, como escribe Sergio Rojas, “reaparece esa comunidad perdida que acaso nunca ha existido: la “comunidad de individuos” (una especie de secreta utopía de la modernidad)”.

La expresión de estos días es caótica y eufórica, violenta e intrépida, capaz de desafiar la lógica implícita del sistema que conducía, hasta hace poco, todos los modos de relación entre civiles. De pronto, la política socioeconómica de “cada uno a lo suyo” ha hecho cortocircuito y descubrimos una complicidad implícita con los demás “individuos”. Por un momento, pareciera que estamos todos al mismo lado de la trinchera: al frente solo se divisan molinos mercantiles, figuras políticas y carros lanza-agua. La multitud grita, sin la menor forma de expresión coordinada. Reunida parece haberse convertido en una gran sociedad y no sabe cómo comportarse. De pronto, el *establishment* que decidía los pasos y formas de lo debido, ha quedado en jaque. Lo social se torna en todo aquello dispuesto a abandonar el cauce habitual para lograr una forma de cohesión en el rechazo a la injusticia – tal como a finales de los 80 –. De hecho, desde el rechazo mayoritario a la

dictadura no se vivían escenas como las que hemos visto. “El pueblo unido...” se oye corear.

En la década de 1980, cuando el neoliberalismo fue programado como el modo de funcionamiento de ciertos países, Chile se prestó como alumno ejemplar al experimento promovido bajo dictadura por Milton Friedman. Por su parte, en las islas británicas la primera ministra Margaret Thatcher, que luchó activamente por dismantelar todo el conjunto de derechos sociales adquiridos por los trabajadores del Reino Unido, afirmó rotundamente en una entrevista: “you know, there's no such thing as society. There are individual men and women and there are families.” (“No hay tal cosa como la sociedad: solo hay individuos y familias”). Y los gobiernos no sirven sino para regular que los individuos puedan satisfacer sus necesidades. Para nada más. La política esencial del credo neoliberal supone que el Estado debe ser demolido y que solo habrá de intervenir puntualmente como un regulador de las diferencias que se producen entre particulares. Por supuesto, el Estado debe deshacerse de todas las instituciones que proveen amparo a la población porque su eficiencia es dudosa: la administración pública es ineficiente y genera un déficit que lastra la función que le corresponde asumir. Los hospitales públicos son una pérdida de plata, la educación pública, también. Y así se va gibarizando el aparato del Estado hasta privatizarlo todo y reducir a cero la condición social de nuestros actos. Ergo, si funciona bien el sistema neoliberal, la sociedad no existe o tiende a desaparecer. Aquí en Chile ha estado cerca de lograrlo: solo lo han impedido los fallos sostenidos y generales (pensiones, salud, educación) que ahora, de pronto, han demostrado que la sociedad, no solo existe; ¡ahora está suelta en la calle!

¿QUÉ NOS CONVIERTE EN UNA SOCIEDAD?

Por lo general, los sociólogos y aquellos que estudian con seriedad el conjunto social, suelen observarlo en estado de reposo, y amparados en una serie de tendencias estadísticas y teóricas elucubran sobre comportamientos observables para conjeturar sobre las características estructurantes del colectivo. Pero por estos días, todas esas predicciones no sirven, según nos advierten. Hoy las distintas formas de organización sociopolítica se han vuelto incapaces de domar lo real. Las personas desechan las formalidades que la vida cívica provee porque, hasta ahora, solo han servido para perpetuar la administración de los padecimientos comunes. Si vemos la desatención de la clase dirigente a los problemas ambientales, por ejemplo, sobre todo el cambio climático y los problemas de sequía, no ha habido ninguna respuesta real: el agua sigue siendo de propiedad privada (y varios ministros de gobierno poseen derechos de agua, incluido, por supuesto, el ministro de agricultura). La sed se torna más que una figura simbólica, un hecho negado por la cúpula gobernante.

Por otra parte, la tendencia a amplificar estas voces discrepantes a través de redes sociales ayuda a cimentar un acuerdo tácito y

algorítmico que sube el volumen a los hechos seleccionados y agudiza la sensación de que los poderes fácticos “nunca escuchan”, que estamos aislados y lejanos de los lugares donde las decisiones volverán a ser tomadas por los mismos de siempre, con las mismas consecuencias: beneficios para pocos y padecimientos para muchos. Las redes sociales son, al mismo tiempo, nuestro espacio de compromiso social y la peligrosa cuna de la intolerancia. Así, la desconfianza fundada en treinta años a la espera de mejorías postergadas provoca el estallido que ha puesto a la ignorante sociedad establecida frente a frente a la ignorada sociedad real. Hemos discutido por siglos que si la legalidad con la que armamos las estructuras sociales se basa en un sistema de defensa entre pares (Hobbes) o de altruismo (Rousseau), pero ahora parece más fácil entender que se trata de una lucha contra la inmovilidad que usurpa los beneficios que la sociedad debería lograr con/por/para todos sus miembros colectivamente. Ya son muchos los que mencionan la necesidad de un pacto social. ¿Qué nos convierte en una sociedad, entonces? De momento, solo el sonado colapso de nuestras expectativas.

(Créditos del material fotográfico de este artículo: Foto página 1: Andrés Cruz ©.
Foto página 4: Ricardo Greene ©)

